



BELLO-EDUCADOR: IDENTIDAD DE ROL FUNDAMENTAL

LUIS RUBILAR S.
UNIVERSIDAD METROPOLITANA PEDAGÓGICA
DE SANTIAGO DE CHILE

“Debíamos educarnos a nosotros mismos, por costoso que fuese el ensayo; debía ponerse fin a una tutela de tres siglos que no había podido preparar en tanto tiempo la emancipación de un gran pueblo”



Entre las variadas formas de ‘identidad social’ con las cuales don Andrés Bello López arropó su existencia, la más significativa y trascendente se ubica en el ámbito de las ‘identidades de rol’: la de Maestro.

Porque a través de esta condición fundante y multiplicadora es que tiene sentido y proyección su acción políticocultural. La lectura atenta de su discurso, con sus mensajes y metamensajes, así como el de sus exégetas y críticos avalan, como comprobaremos, el influjo de tal rol, en forma estelar y protagónica en la cultura nacional y latinoamericana. La adquisición y consolidación de esta imagen y de esta práctica educativa tienen una raigambre psicosocial e histórica.

Su conducta de rol como pedagogo la ejerció tempranamente con Simón Bolívar en Caracas, a través de papeles tutelares en Londres, y con su ejercicio, primero, privado, y luego, público en Santiago de Chile: en el Colegio Santiago, en el Instituto Nacional y en esta su Universidad. Enseñaba con distintos énfasis y espesores: Gramática, Latín, Derecho, Literatura, Idiomas... Entre sus discípulos destacaron, además de su coterráneo Simón Bolívar, figuras

destacadas de la política nacional: el conservador Tocornal, el liberal Lastarria, el radical Matta o el socialista Bilbao. Pero, también, poetas, novelistas, historiadores, geógrafos y profesores chilenos.

De aquella fructífera labor docente refiere un ex-discípulo (M. Salvat):

“Su método consistía en conversar, empezando por exponer una cuestión para que los discípulos pensaran por su cuenta... Bello hablaba poco, pues sostenía que había que aprender en el trato con los semejantes, por lo que prefería escuchar”.

Ya instalado en Chile y asegurada la sobrevivencia, a partir de 1830 y a través del simbólico periódico *El Araucano*, es que Bello inicia el despliegue de su múltiple influencia en el devenir cultural chileno, “durante 23 años de magisterio y de orientación cívica y cultural”, transitando su ambivalente visión: la eurohispanizante y la emancipadora y autonomista, “para ponerlos en estado de desarrollar por sí mismos sus potencias, conocer sus derechos y obligaciones y llenar sus deberes con inteligencia”.

Si analizamos algunos de los otros roles ejercidos por él, tales como los de periodista, poeta, lingüista, gramático, traductor, filósofo, crítico o legislador, veremos que todos

ellos se inscriben, a su vez, y adquieren sentido desde este otro más abarcador y omnicomprensivo: el de educador. Ejemplificaremos esto, a través de su rol de poeta, que tanto nos ha entregado el sentir bellista: desde sus *Silvas* londinenses hasta su póstumo y nacionalista poema *El procrito*, su semántica se subsume y condiciona en una intención formativo-pedagógica. Por eso, Rafael Caldera lo califica de “poeta-social”, y Mario Briceño-Iragorri afirma que “El poeta puede ayudar al pueblo. Bello enseñó en verso. Nuestra más clara lección de civismo y de trabajo está contenida en la Silva del maestro inmortal”.

Cuál es la matriz de esta precoz y sostenida vocación autodidáctica y pedagógica que energiza tal protoactividad creadora y comunicativa? Pensamos que, en una dimensión cronológica, ella se gesta en Caracas, se articula y fortalece en la década de los 20, en Inglaterra, madura y se expresa en Chile; en una dimensión ideológica, se deriva del ideario de la Ilustración. La prédica del saber, de la iluminación cognitiva como motor y guía de la transformación individual y social tendrá, en su caso, un escenario sintónico, un pertinente correlato de acción en un continente aún bárbaro e ignorante, todo lo cual hace que Bello asuma, desde entonces y para siempre, el papel de ilustrador, profesor, difusor de las luces. De aquí algunos de sus enunciados más relevantes:

Fomentar los establecimientos públicos destinados a una corta porción de su pueblo no es fomentar la educación... / ... La educación del pueblo, cimiento indispensable de las instituciones republicanas.../... Los gobiernos republicanos no son sino los representantes a la vez y los agentes de la voluntad nacional; y estando obligados como tales a seguir los impulsos de esa voluntad, nunca podrán eximirse de dedicar sus esfuerzos a conseguir el gran objeto a que ella tiende, haciendo a los individuos útiles a sí mismos y útiles a sus semejantes por medio de la educación.../... Las impresiones de la infancia ejercen sobre todos los hombres un poder que decide generalmente de sus hábitos, de sus inclinaciones y de su carácter.../... En los primeros períodos de la regeneración de un pueblo y de una regeneración como la que hemos experimentado los pueblos americanos, es casi imposible conseguir la perfección en la dirección de la niñez. Mas, mejorándose las generaciones con el auxilio de la educación pública... .

Como vemos, implícito en el discurso bellista, encontramos todo un sistema de valores y una concepción psicosocial respecto a la educación, todo ello reflexionado y postulado para la transformación del ‘hombre americano’, en tanto persona y ciudadano de Repúblicas (“ En Bello está la tentativa inicial de la cultura hispanoamericana”, dirá nuestro Mariano Picón-Salas). El problema pendiente es que Bello sobrevaloró el papel transformador del proceso educativo y lo aisló – al estilo metafísico-racionalista – del contexto socioeconómico en que él se realiza. A pesar de ello, los efectos de su prédica y acción en los niveles supraestructurales irradiaron indefectiblemente hacia los infraestructurales, y alimentaron todo un cúmulo de cambios e incentivos renovados en el proceso históricocultural de la República de Chile, extendidos a campos tan heterogéneos como el teatro, la censura, las escuelas nocturnas, las normales, la educación primaria, la enseñanza de la historia o el cultivo de la poesía. Dados los tiempos y dada la inmensa producción realizada por el Rector de esta Universidad de Chile, su sucesor, don Ignacio Domeyko, despedía así sus restos en Octubre de 1865 en el Cementerio General: “que en una sola vida, un solo hombre pudiera saber tanto, hacer tanto y amar tanto”. (No debemos olvidar que don Andrés tuvo, con sus dos esposas inglesas, 15 hijos, de los cuales 9 nacieron en Chile).

A la luz de estos limitados antecedentes relacionados con el rol de educador de Andrés Bello no queda duda de que tal rol, con el cual la posteridad lo ha identificado, corresponde efectivamente a su identidad psicosocial más básica, vasta y proyectiva de su quehacer como personaje público. Porque ser fundador, constructor o emancipador requiere, como condición previa, profesar una fe, crear y/o creer un credo y poseer un auditorio o feligresía como interlocutor válido y recíprocante. Y el credo de Bello fue el Humanismo como doctrina, y la América como aula o recinto en que sus “hermanos, los habitantes de Hispanoamérica”, fueron sus activos receptores. Quien tiene fe profesada y quien ejerce la acción de propagar la fe es “Profesor”: el rol más trascendente y proyectivo de los roles humanos.

Bello-maestro. Con una fe, con unos métodos, con un auditorio cautivo. Impregnado con las contradicciones de su época, absorbiendo los vientos contrarios que insuflaron su pensamiento, pero con una intencionalidad político-axiológica preclara y perseverante: autoafirmar aquella América emergente, haciéndola autónoma y pensante (“educar al pueblo y acostumbrarlo a pensar por sí”, decía). Muchos otros lo emularon contemporáneamente: Simón Rodríguez, Fermín Toro, José Joaquín de Mora, D.F. Sarmiento, V. Lastarria. Y tantos otros lo continúan ayer y

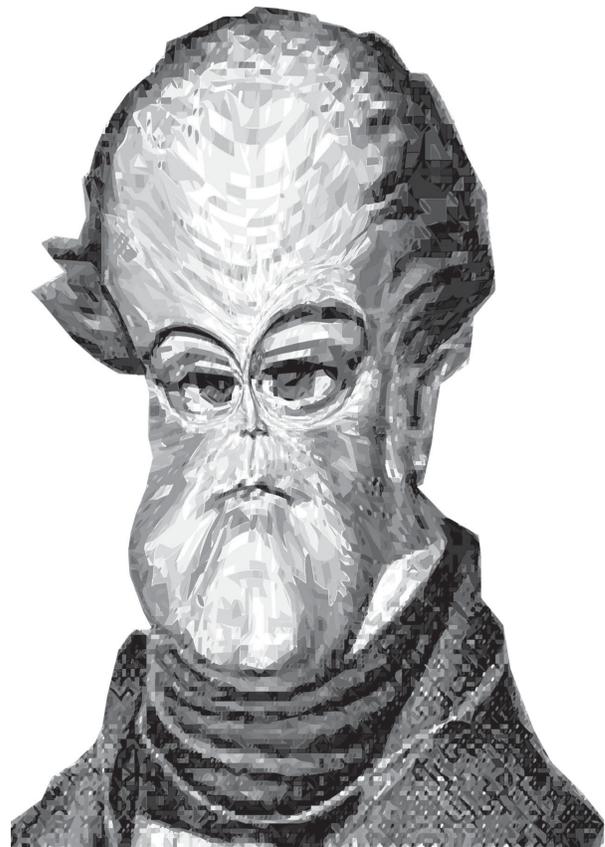
hoy: José Martí, Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Darío Salas, Rómulo Gallegos, Mariano Picón Salas, Gabriela Mistral o Paulo Freire. Y muchos más que piensan, sienten y recrean este nuestro imaginario americano. Y de todos ellos, Bello es - con todo - el primero y el precursor.

También hoy, al advenir un nuevo siglo, ya adjetivado como “del conocimiento”, Bello nos sigue señalando visionariamente aristotélicos derroteros que permiten preservar la identidad propia y autónoma, y acoger crítica y creativamente los aportes de la cultura universal.

En Noviembre de 1842 nace la Universidad de Chile y en Noviembre de 1865, fallece su primer y vitalicio Rector, acontecimientos que hoy estamos conmemorando. En la mansión latinoamericana, particularmente en Venezuela y Chile, el nombre de Andrés Bello signa múltiples espacios ciudadanos y culturales: calles, avenidas, plazas, monumentos, escuelas, liceos, universidades, bibliotecas, librerías, revistas, convenios... Aquí, en la Universidad de Chile, su efigie de entrada la señala como la “Casa de Bello”, y allá, en Caracas, la propia “Casa de Bello” cuida y cautela su legado y la producción a él referida.

Sigue, pues, vigilando y mostrando el camino a sus hermanos y vicarios discípulos. Por ello, al finalizar este breve elogio mnémico y proyectivo del Maestro caraqueño y chileno por adopción, vamos a decir de él lo que tan bellamente dijera de Simón Bolívar nuestro Pablo Neruda: *“a través de la noche de América con tu mirada mira”*.

(Ponencia presentada en el Homenaje al Primer Rector de la Universidad, dentro del ciclo “Universidad de Chile: 158 años al servicio del país”, 22 de noviembre de 2000).



C92/95

**¿ LE FALTA ALGÚN
NÚMERO DE educere?**

Adquiera los números de EDUCERE,
la revista venezolana de educación

**llamando por el teléfono: 0274-2401870 o enviando
su requerimiento por educere@ula.ve**

Números disponibles: 3 y del 6 al 27

Premios de Ciencia y Tecnología

LUIS F. MARCANO G.
CITGENTE@YAHOO.COM

En el mes de noviembre se entregaron los premios anuales de ciencia y tecnología a cinco venezolanos que se destacaron por sus aportes a la producción del conocimiento, con trabajos reconocidos no sólo por su calidad científica sino también por su pertinencia social, al atender problemas de la realidad nacional.

Así, Valencia fue la ciudad escenario donde se entregaron los premios a los mejores trabajos científicos en el marco de la LIV Convención de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (AsoVAC), y a principios del mes de diciembre, se otorgaron el Premio Luis Zambrano y el Premio Nacional de Ciencia y Tecnología.

En esta edición, los premios a los mejores trabajos científicos recayeron en investigadores de amplia trayectoria en cada uno de sus campos: el galardón al mejor trabajo en Ciencias Naturales lo ganó un equipo de la Universidad de los Andes, integrado por Vicente Marcano, Pedro Benítez y Ernesto Palacios-Prü. Los premios al mejor trabajo en Ciencias Sociales e Investigación Tecnológica le correspondieron a Carmen García Guadilla y Eli Saúl Puchi respectivamente, ambos investigadores de la Universidad Central de Venezuela.

El premio a la Inventiva Popular, que lleva el nombre del ilustre merideño Luis Zambrano, tocó esta vez a Visner José Uzcátegui Camacho, inventor de un esmechador de carnes, proyecto que destacó entre más de 40 trabajos presentados.

Finalmente, el máximo reconocimiento correspondió a Leonardo Mateu Suay, quien como investigador no sólo ha hecho aportes al campo científico de su especialidad, sino que ha incursionado en la innovación tecnológica al desarrollar un sistema de análisis de cálculos renales de mucha importancia en el área de la salud. A todos, muchas felicitaciones.

Diario VEA,

Ciencia y tecnología / 19, Caracas, 13 de noviembre de 2004